

TITULO

LA SONRISA DE TANGO

Isabel González Yagüe

Dedicatoria

*Para mis padres, Félix y Maribel,
por mostrarme el camino de baldosas amarillas.*

*A mis hermanos, Félix y Gema,
por bailar conmigo mientras caminamos.*

*Y a mis otros hermanos, Willy, Tango y Totó,
por hacerme sonreír a cada paso.*

PRIMERA DE LAS CRÓNICAS DE UN OSO DE PELUCHE

Si regalas un oso de peluche a un bebé estarás dando algo más que un muñeco, le estarás presentando a su primer amigo, a su primer protector, a su almohada, a su pañuelo y, lo más importante, al cuidador de sus sueños.

Parecería entonces que escoger el muñeco adecuado es una gran responsabilidad, pero no es así. Cada niño tiene su oso de peluche ya predestinado desde el primer día de su vida. Yo incluso estuve esperando varios meses hasta que ella quiso nacer. Recuerdo el calor que pasé durante el último mes. Era verano, y el cajón metálico donde me alojaba entre cientos de osos de peluche no se vaciaba nunca. Se estaba jugando entonces el Mundial de Fútbol en España y nadie salía de su casa para comprar nada, y mucho menos juguetes. La imagen de aquellos días era la de la cerveza en mano, provisiones de más cerveza en la nevera, la primera televisión de color recién comprada para la ocasión y un ventilador a toda marcha. El caso es que a ella le dio por nacer aquel verano, y cuando su padre y su hermano vinieron a por mí yo temí por unos instantes que no me reconocieran. Pero sí lo hicieron.

El padre de la niña recién nacida cogió al hermanito de esta en en brazos, y el niño se sumergió en la montaña de peluches. Blancos, azules, amarillos, rosas. Algunos de mis compañeros, que no estaban muy satisfechos con los niños a los que estarían unidos, empezaron a armar bullicio, a dar volteretas, a hacer muecas y numeritos circenses por el borde de la caja. Tramposos. Sabían que aquella niña, al menos mientras siguiera siéndolo, nunca les dejaría en ningún rincón abandonado. Y me crea el lector o no, lo dejo a su elección, le diré que cuando se acercaron a la caja de osos, un halo de luz se desprendió del centro de mi barriga. Tal vez no lo vio todo el mundo, eso es verdad, pero me bastó con que su hermano y su padre pudieran sentirlo. *Osito*, me presentaron ante ella. *Rosito*, me apellidó cuando ya pudo hablar. Aunque de esto último prefiero no hacer muchos comentarios.

SEGUNDA DE LAS CRÓNICAS DE UN OSO DE PELUCHE

Voilà. Esta es Lola. Casi treinta años, menuda, con la facultad de casi haber sido muchas cosas: bailarina, atleta, pintora, pianista. Fueron sueños por los que un día luchó y de los que se quedó más o menos cerca. Su tendencia en los últimos tiempos, sin embargo, es la de no intentar querer alcanzar nada. A mí me desespera. Acaba de salir a correr y se ha dicho a sí misma que estará fuera una hora, pero no sé si volverá en treinta minutos. También dice que el año que viene correrá su primera maratón, pero ni ella se lo acaba de creer. Sabe que no puede confiar en sus promesas, porque también sabe que es capaz de fallar a quien confía en ellas. Y mientras sea a ella a quien falle no está del todo mal, lo malo es cuando falla a otros. Sin ir más lejos, sus últimas víctimas han sido cientos de niños que la estarán esperando en un orfanato, porque ella les prometió que volvería. No lo hace con maldad. Estoy seguro de que lo hizo porque en aquel momento llegó a pensar que el retorno sería posible, pero bastaron unas semanas para convencerse de que aquella era una experiencia de las que solo se vivían una vez en la vida. Quizá es cierto, sí, que a corto plazo puede resultar difícil, pero, como aprendimos del ratón Fievel, nunca digas nunca. Ahora prefiere no pensar en ello, porque sería demasiado doloroso.

De niña no era así, de verdad. Nunca pensaba en las consecuencias si se trataba de conseguir lo que quería. Nunca abandonaba. Ni me abandonaba. Me llevaba con ella a todas partes. Yo conocía cada rincón de su pequeño mundo: su parque; su casa; el descampado donde ahora hay urbanizaciones y un parque por el que luego correría kilómetros y kilómetros persiguiendo un sueño; su colegio; su clase de ballet.

En la biblioteca me sentaba junto a ella, y siempre me buscaba libros con dibujos de osos. Hacía que su madre me volviera a coser los ojos y la boca cada vez que se me caían, y, cuando supo coser, ella misma me puso botones en su lugar cuando estos se perdieron. Me sentaba a su lado mientras recortaba fotos de animales salvajes que encontraba en revistas, y me enseñaba imágenes de tribus y tierras africanas que ella sabía que algún día conocería. Había noches en que rascaba la espalda de su hermana mayor, a cambio de que ella rascase la suya, y la mía. Había aprendido en los documentales de fin de semana que a los osos es algo que nos encanta. También me subía a los lomos de su perro, Willy, y el pobre Willy soportaba el peso de sus ocurrencias con resignación. Ella me rescató unas cuantas veces de las malvadas garras del cubo de la basura, donde se empeñaban en dejarme porque decían que ya estaba muy viejo. Y su madre, al comprobar lo testaruda que podía llegar a ser cuando algo, yo, significaba mucho para ella, me confeccionó ropa para que al menos no se vieran mis agujeritos. Aún recuerdo el chándal azul que me hizo con una camiseta de su hermana. Tenía hasta capucha.

Luego pasó lo que yo sabía que algún día tenía que suceder. Había llorado durante un día entero cuando se quedó dormida.

Doce años. Cumpliría trece en un par de meses. Jamás había sentido antes una punzada tal en su interior. Era un granizo que martilleaba su respiración. Ella lo recuerda como una tormenta eléctrica a la intemperie, sin lugar alguno donde resguardarse y con la sensación de que duraría para siempre. Se rindió por primera vez en su vida. Dejó huir a la magia, dejándola escapar a través de sus dedos, y esta se escabullía hacia la ventana de la habitación sin que ella pretendiera evitarlo. Sabía que ya no bastaba con desear. Cerrar los ojos y contarle a su corazón su sueño nunca más sería suficiente. La niña se había hecho mayor. Lo comprendió al despedirse de Willy. Y por primera vez yo no fui capaz de consolarla.

TERCERA DE LAS CRÓNICAS DE UN OSO DE PELUCHE

Después vinieron unos años un poco tontos. La época en la que se olvidó de soñar. Menos mal que pronto llegó Tango y me ayudó a recordárselo de nuevo. Estrenó su pasaporte y ella misma pudo pagarse su suscripción a la National Geographic. Ella ya no pasaba tanto tiempo conmigo, pero sí me seguía reservando el palco de honor entre su colección de peluches, por cierto, seres cada vez más distinguidos: el alocado de Timón, que vino de Disney World París; el aventurero Milú, nacido en Bélgica; el flemático oso de Harrod's; el camello que surcó las arenas de Egipto. Tango también solía andar por allí, por el cuarto de Lola, quiero decir. Tango y yo teníamos un pacto: yo hacía la vista gorda si quitaba los ojos y las narices de otros muñecos y a cambio tenía mi integridad, o lo que me quedaba de ella, asegurada.

Me encantaba mirarla mientras planeaba sus viajes sentada en la cama. Muchas veces nos lo contaba a Tango y a mí. También nos leía cuentos, pero siempre pendiente de la puerta por si alguien la descubría. Me emocionaba observarla dibujando con la yema de sus dedos el contorno de su sueño africano en la bola del mundo del salón. Y nada de eso hubiera sido posible sin Tango, porque yo no lo hubiera conseguido solo. Fue necesaria su llegada para que Lola comprendiera que uno nunca debe olvidar por completo cómo ser un niño, que una carrera frenética y elíptica bajo la lluvia podía ser el mejor plan para una tarde gris de otoño, que pitar un muñeco de goma podía ser la mejor terapia para un mal de amores o que una caricia en la cabeza podía hacerte llegar al corazón de los demás. También le enseñó que se podía sufrir por el dolor de otro mucho más que por su propio dolor. Y que el remedio a cualquier mal era presentarse cada mañana con una sonrisa.

CUARTA DE LAS CRÓNICAS DE UN OSO DE PELUCHE

Las ironías de la vida quisieron que semanas antes de cumplir su sueño de conocer África tuviera que tomar la decisión de despedirse de Tango. No con un «Hasta pronto» sino con un «Adiós». Así, vacía y llevada por la inercia, se perdió con torpeza entre las tierras del continente negro. Miró a los ojos de sus gentes, se encontró cara a cara con las jirafas y enmudeció al admirar el caminar imponente del león. Escuchó a la Historia en boca de una voz grave y se quedó boquiabierto al ver que los bebés ya bailaban antes de aprender a andar. Le satisfizo comprobar que el mapa de África era mucho más grande de lo que se lo pintaban en el colegio, y que las sonrisas eran menos costosas por aquellos lugares.

La primera vez que pisó África había llegado con el corazón seco, y aun así sus expectativas quedaron más que colmadas. Allí había algo que le atraía. Un imán tiraba de su sangre. Reclamaba una hija la madre en forma de vendaval, gritando que ella y toda su especie le pertenecían a aquellas tierras.

Un año después volvió a África. La oportunidad para hacer allí algo importante, lo sabía. También era consciente de que podía ser entonces o nunca, porque su pasaporte a aquel continente se estaba escurriendo poco a poco en su mano como un puñado de arena. Fueron solo quince días, a los que habían precedido seis meses de estudio, de trámites y cartas, de solicitudes y preparación. En aquellos quince días se olvidó del mundo para convertir a unos huérfanos en un equipo de atletismo y, por qué no, hacer que se sintieran el centro de atención por primera vez en sus vidas. A veces me pregunto dónde estarán los osos de peluche de estos niños. Quizá a alguien se le olvidó recogerlos, o tal vez algunos padres de otros bebés cogieron sus peluches por error.

Recuerdo el día en que volvió eufórica del orfanato, tras haber conseguido abstraerse de la situación de aquellos chicos. La gente del exterior que se agolpaba en las verjas para ver a sus atletas y ellos, ajenos a todo, corrían, corrían y corrían. Tuvo que ser en aquel segundo viaje cuando Lola reconoció en sus amaneceres una sonrisa familiar.

